

Kelly Link

Magia

para

lectores

«La mejor, más extraña y divertida escritora de relatos sobre la faz de la Tierra», Jonathan Lethem.

«Un nuevo libro de Kelly Link y el mundo vuelve a merecer la pena», Michael Chabon.

«Un lugar entre la fantasía y la literatura, Alice Munro y J. K. Rowling», *Time*.



Abre este libro y descubre cómo el mundo real se transforma en tus manos: bailarinas de claqué que roban bancos, fantasmas que viven en violonchelos o niños que se convierten en gatos y gatos que se convierten en monedas de oro. Disfruta con una mezcla perfecta de ciencia ficción y fantasía que revela la magia de nuestras vidas en un paisaje literario único.

En estas páginas encontrarás un bolso con un pueblo dentro, sofás probablemente carnívoros, un gorro que muerde..., todo ello contado con un talento deslumbrante, que convierte a Kelly Link en una cuentista carismática admirada por los lectores más exigentes. Y es que en todos estos cuentos ha escondido una verdad: son los cuentos que siempre has querido leer.

«Es probable que Kelly Link sea en la actualidad la mejor escritora de relatos... Crea verdadera magia: es divertida, conmovedora, tierna, valiente y peligrosa. Ella es única y debería ser declarada tesoro nacional», Neil Gaiman; «Adictivo. Estos relatos cobrarán vida ante tus ojos, se pondrán elegantes trajes y lucharán contigo hasta derribarte. Quieren que seas suyo y lo serás», Alice Sebold; «La mejor escritora de su generación», Peter Straub; «Una mezcla alquímica de Borges, Raymond Chandler y Buffy Cazavampiros», *Salon*.

MAGIA PARA PRINCIPIANTES

Fox es un personaje de televisión y todavía no está muerta, aunque pronto lo estará. Es un personaje de una serie llamada «La biblioteca». Tú nunca la has visto, pero apuesto a que te gustaría haberlo hecho.

En un episodio de «La biblioteca», un chico de quince años llamado Jeremy Mars está sentado sobre el tejado de su casa en Plantagenet, Vermont. Son las ocho de la tarde de un día de diario y él y su amiga Elizabeth deberían estar estudiando para el examen de matemáticas que su profesor, el señor Cliff, lleva toda la semana insinuando que va a poner. Pero en lugar de estudiar se han escapado al tejado. Hace frío y no saben todo lo que tendrían que saber sobre X cuando X es la raíz cuadrada de Y . Ni siquiera saben nada de Y . Deberían entrar en casa.

Pero no ponen nada bueno en la tele y el cielo está precioso. Llevan el abrigo puesto y, ahí arriba, en los rincones donde empieza el firmamento, aún hay pedazos blancos en mitad de la oscuridad, donde las montañas están cubiertas de nieve. En los árboles que rodean la casa, algún animal emite un ruidito preocupado: «¿Por qué? ¿Por qué?».

—¿Cuál es ésa? —dice Elizabeth señalando una constelación dispuesta en forma de cuadrado.

—Ésa es el Edificio del Aparcamiento —dice Jeremy—. Y justo al lado está el Gran Centro Comercial y el Centro Comercial Menor.

—Y ésa es Orión, ¿verdad? ¿Orión el Cazagangas? Jeremy aguza la vista.

—No, Orión está allí. Ésa es el Culturista Austríaco. Esa cosa que está como enroscada en su pierna es el Cefalópo-

do Amoroso. El Pulpo Muy, Muy Hambriento. No es capaz de decidir si debería comérselo o hacerle el amor apasionadamente con las ocho patas. Conoces el mito, ¿verdad?

—Por supuesto —dice Elizabeth—. ¿Crees que Karl se cabreará porque no lo hayamos invitado a estudiar?

—Karl siempre está cabreado por algo —dice Jeremy.

Jeremy se está resistiendo empecinadamente a una idea que se le acaba de ocurrir relacionada con Elizabeth. ¿Por qué están sentados allí arriba? ¿Fue idea suya o de ella? ¿Son amigos? ¿Seguro que no son más que un par de amigos charlando en el tejado? ¿O se supone que Jeremy tendría que intentar besarla? Jeremy cree que quizá deba besarla. Pero, si la besa, ¿seguirán siendo amigos? Eso no se lo puede preguntar a Karl porque Karl no cree en el valor de ser amable y ayudar. Karl sólo cree en las burlas.

Jeremy ni siquiera sabe si quiere besar a Elizabeth; de hecho, no lo había pensado hasta ese momento.

—Debería irme a casa —dice ella—. Ahora mismo podrían estar poniendo un episodio sin que nos hayamos enterado.

—Alguien nos habría llamado para decírnoslo —dice Jeremy—. Mi madre habría venido y nos habría avisado. —Su madre es algo más por lo que Jeremy no quiere preocuparse, pero se preocupa, vaya si se preocupa.

Jeremy Mars sabe mucho sobre el planeta Marte a pesar de que nunca ha estado allí. Conoce a algunas chicas, pero no sabe gran cosa sobre ellas, por eso le gustaría que hubiera libros, igual que los hay sobre Marte; poder observar sus órbitas y su resplandor a través de un telescopio sin parecer un pervertido. En una ocasión Jeremy le leyó a Karl un libro sobre Marte en voz alta, sólo que reemplazó la palabra *Marte* por *chicas* («No fue hasta el siglo XVII que las chicas fueron sometidas a un riguroso estudio». «La superficie de las chicas apenas tiene agua en estado líquido: su tempera-

tura es demasiado baja y su aire carece del suficiente oxígeno»). A Karl le pareció para morir de risa.

La madre de Jeremy es bibliotecaria. Su padre escribe libros. Jeremy lee biografías, toca el trombón en una banda de música y salta vallas con el chándal de la escuela. También es un adicto apasionado a un programa de televisión en el que una bibliotecaria renegada, además de maga, llamada Fox, intenta salvar el mundo de ladrones, asesinos, cabalistas y piratas. Jeremy es un *geek*, un *geek* telegénico. Alguien debería hacer un programa de televisión sobre él.

Sus amigos lo llaman Germ^[1], aunque a él le gustaría que le llamaran Mars. Sus padres llevan una semana sin hablarse.

Jeremy no besa a Elizabeth. Las estrellas no se caen del cielo y Jeremy y Elizabeth tampoco se caen del tejado, sino que entran dentro y acaban los deberes.

Alguien a quien Jeremy jamás ha conocido y de quien nunca ha oído hablar —una mujer llamada Cleo Baldrick— ha muerto. Hasta ahora mucha gente se las ha arreglado para vivir y morir sin haber llegado a conocer a Jeremy Mars, pero Cleo Baldrick ha dejado en su testamento un legado algo extraño para él y su madre: una cabina telefónica en una carretera nacional a unos sesenta kilómetros de Las Vegas y una capilla nupcial. La capilla se llama Las campanas del infierno y Jeremy no está seguro de qué tipo de personas se casarán allí. Puede que moteros; supervillanos, *freaks* y satánicos.

La madre de Jeremy quiere hablar con él. Es probable que tenga algo que ver con Las Vegas y Cleo Baldrick, quien según parece era la tía abuela de su madre (Jeremy no tenía ni idea de que su madre tuviera una tía abuela; su madre es una persona misteriosa). Pero por otro lado, pue-

de que tenga que ver con el padre de Jeremy. Durante semana y media Jeremy ha conseguido evitar enterarse de qué es lo que le preocupa a su madre. Si te lo propones, es fácil no enterarse de las cosas: ensaya con la banda de música; durante la semana se ha levantado tarde para que fuera imposible conversar durante el desayuno, y por las noches se encarama al tejado con el telescopio para mirar las estrellas, a Marte (su madre tiene miedo a las alturas; se crió en Los Ángeles).

Está claro que sea lo que sea lo que le tiene que decir a Jeremy, se trata de algo que no quiere decirle. Mientras evite estar a solas con ella, está salvado.

Sin embargo, cuesta mantener la guardia en todo momento. Jeremy vuelve a casa después de la escuela con la sensación de haber aprobado el examen de matemáticas a pesar de todo. Jeremy siempre es optimista. Puede que pongan algo bueno en la tele. Se acomoda con el mando a distancia en uno de los sofás favoritos de su padre: uno de tamaño descomunal tapizado con tela de pana color zumo de naranja que parece recién escapado de una prisión de máxima seguridad para muebles dementes; ese sofá tiene aspecto de devorar decoradores de interiores como pasatiempo. El padre de Jeremy es escritor de novelas de terror, así que nadie debería sorprenderse de que algunos de los sofás que él tapiza sean tan horribles y espantosos.

La madre de Jeremy entra en el salón, se acerca al sofá y lo mira desde arriba.

—¿Germ? —dice.

Parece triste y abatida, más o menos el mismo aspecto que ha tenido durante toda la semana.

Suena el teléfono y Jeremy salta a por él.

Tan pronto como escucha la voz de Elizabeth, lo sabe.

—Germ, lo están poniendo. Canal cuarenta y dos. Lo estoy grabando —dice, y cuelga.

—¡Lo están poniendo! —dice Jeremy—. ¡Canal cuarenta y dos! ¡Ahora!

Para cuando él se vuelve a sentar, su madre ya ha encendido el televisor. Como es bibliotecaria, siente un cariño especial por «La biblioteca».

—Debería ir a decírselo a tu padre —dice. Pero en lugar de hacerlo, se sienta junto a Jeremy, así que ahora queda perfectamente claro que algo pasa entre sus padres. De todos modos, ha empezado «La biblioteca» y Fox está a punto de rescatar a Príncipe Wing.

Cuando el episodio termina, no tiene que mirar a su madre para saber que está llorando.

—No te preocupes por mí —le dice, y se seca la nariz con la manga—. ¿Crees que está muerta de verdad?

Pero Jeremy no tiene tiempo para quedarse a charlar.

Jeremy siempre se ha preguntado qué tipo de programas de televisión verán los personajes de los programas de televisión. Ellos casi siempre llevan mejores cortes de pelo, tienen amigos más graciosos y actitudes hacia el sexo más sencillas. Se casan con magos, les toca la lotería, tienen líos con mujeres que llevan una pistola en el bolso. Les ocurren cosas curiosas constantemente. Jeremy y yo podemos perdonarles los cortes de pelo; sólo queremos hacerles preguntas sobre sus programas de televisión.

Como siempre, ha sido Elizabeth la que se ha dado cuenta justo a tiempo de que estaban emitiendo el nuevo episodio. Después todos acudirán a su casa para el post mórtem, y esta vez realmente se trata de un post mórtem. ¿Por qué ha matado Príncipe Wing a Fox? ¿Cómo puede habérselo permitido ella? Fox es diez veces más fuerte.

Jeremy corre durante todo el trayecto, golpeando con fuerza las viejas zapatillas de deporte contra el pavimento por el placer del impacto, por la dulzura del escozor. Le encanta el áspero y algodónoso dolor que siente en los pul-

mones. Su entrenador dice que hay que ser medio masoquista para disfrutar corriendo. No hay de qué avergonzarse: es algo que debe explotar.

Talis abre la puerta y le sonríe, pero él se da cuenta de que ella también ha estado llorando. Lleva una camiseta que dice: SOY TAN G TICA QUE CAGO VAMPIROS DIMINUTOS.

—Hola —dice Jeremy.

Talis asiente. No es tan g tica, al menos que Jeremy, o cualquiera de los demás, sepa. Simplemente, tiene un montón de camisetas. Talis es un enigma envuelto en una misteriosa camiseta. Una vez, una mujer le dijo a Calvin Coolidge: «Señor Presidente, me apuesto a mi marido a que soy capaz de hacerle decir más de dos palabras». Coolidge contest : «Usted pierde». Jeremy imagina que Talis fue Calvin Coolidge en una vida anterior, aunque puede que fuera uno de esos perros que no ladran: un basenji. O una roca. Un dolmen. Una vez pusieron un episodio de «La biblioteca» en el que salían unos siniestros dólmenes bailarines.

Elizabeth se acerca a Talis desde atrás. Si Talis es nog tica, Elizabeth es g tica-bailarina. Le encantan los corazones y las calaveras, los tatuajes hechos con boli negro, el tul rosa y Hello Kitty. Cuando le preguntaron a la mujer que la invent  por qué Hello Kitty era tan popular, dijo: «Porque no tiene boca». La boca de Elizabeth es pequeña, y tiene los labios agrietados.

— Ha sido el peor episodio de la historia!  No he parado de llorar! —dice—. Hola, Germ. Le estaba contando a Talis que has heredado una gasolinera.

—Una cabina telefónica —dice Jeremy—. En Las Vegas. Se nos ha muerto una tía abuela. También nos ha dejado una capilla nupcial.

— Hola, Germ! —dice Karl a gritos desde el salón—.  Calla ya y ven aquí! Están poniendo el anuncio del gato parlante...

—Cierra la boca, Karl —dice Jeremy. Entra y se sienta sobre su cabeza. De vez en cuando hay que enseñarle a Karl quién es el jefe.

Amy llega la última. Estaba en el pueblo de al lado comprando cómics. No ha visto el episodio, así que todos cierran la boca (excepto Talis, que aún no la había abierto) y Elizabeth enciende el vídeo.

En el episodio anterior de «La biblioteca», los magos-pirata enmascarados le dijeron a Príncipe Wing que iban a venderle una cura para el hechizo que había infestado el pelo de Margaret *la Fiel* de malvados golems en miniatura que escupen fuego (el pelo de Margaret *la Fiel* no deja de incendiarse, pero ella se niega a afeitarse la cabeza, ya que su cabellera es la fuente de todo su poder mágico).

Los magos-pirata habían conducido a Príncipe Wing hacia una trampa tan obvia, en el piso ciento cuarenta de La biblioteca del Mundo Árbol Popular Libre, que parecía mentira que realmente fuera una trampa. Utilizaron digito-magia para convertir a Príncipe Wing en una tetera de porcelana; le metieron dentro un par de bolsitas de té Earl Grey y agua hirviendo, brindaron por el Eternamente Pospuesto Reino de Plazo Vencido de los Libros Prohibidos, se bebieron el té de un trago, eructaron, lanzaron las tazas pirata de *souvenir* al suelo y después hicieron añicos la tetera que había sido Príncipe Wing. Entonces los malvados magos-pirata barrieron sin cuidado alguno los pedazos de Príncipe Wing y de las tazas coleccionables, y los metieron en una caja de madera de puros que enterraron en el Parque Memorial Angela Carter del piso diecisiete de La biblioteca del Mundo Árbol; erigieron sobre ella una estatua de George Washington.

Así que Fox tuvo que ir a buscar a Príncipe Wing. Cuando por fin descubrió el parque del piso diecisiete de La biblioteca, la estatua de George Washington se bajó del pedestal y peleó contra Fox con uñas y dientes. Literalmente con uñas y dientes, y todos estuvieron de acuerdo en que

una estatua de tamaño natural de George Washington que muerde y araña, y que tiene unos largos y afilados colmillos de metal que echan chispas cuando rechina los dientes, es el material del que están hechas las pesadillas. La estatua de George Washington le arrancó a Fox el meñique de un bocado, igual que Gollum le mordió el dedo a Frodo en el Monte del Destino. Aunque, por supuesto, cuando la estatua probó la sangre mágica de Fox, se enamoró de ella y se convirtió en su aliada para siempre.

En el nuevo episodio, la actriz que hace de Fox es una joven actriz hispana a quien Jeremy Mars cree reconocer. Apareció como bibliotecaria del cuarto piso —una engréida pero de buenas intenciones— en un episodio sobre una epidemia de intoxicación por alimentos que desencadenó brotes de invisibilidad y/o levitación. También hizo de sacerdotisa enamorada y suicida, del Culto al Oso, en el episodio en el que Príncipe Wing descubre que su madre era uno de los Libros Prohibidos.

Ésta es una de las mejores cosas sobre «La biblioteca», la manera en que el reparto se intercambia los papeles, a excepción de Margaret *la Fiel* y Príncipe Wing que sólo hacen de sí mismos. Son los héroes románticos, además de los personajes principales, así que es inevitable que sean los más aburridos por mucho que Amy esté chiflada por Príncipe Wing.

Fox y el mago-pirata elegante pero traidor Dos Diablos nunca son encarnados dos veces por el mismo actor, aunque en el episodio número veintitrés de «La biblioteca», la misma mujer representó ambos papeles. Jeremy cree que el cambio en el reparto podría llevar a confusión continuamente, pero en realidad hace que tu cerebro esté totalmente alerta. Es mágico.

A Fox siempre se la reconoce por su vestuario (la camiseta verde demasiado pequeña y las faldas largas y abullonadas que lleva para esconder la cola), por sus gestos dramáticos y el lenguaje corporal, por la suave voz chillona y

entrecortada que los actores utilizan cuando son Fox. Es graciosa, peligrosa, malhumorada, coqueta, glotona, desordenada, propensa a tener accidentes y elegante, y además tiene un pasado misterioso. En algunos episodios, Fox es representada por actores masculinos, pero siempre suena como Fox y siempre es hermosa. En todos los episodios uno piensa que esa Fox, sin lugar a dudas, es la Fox más bonita que podría existir, y aun así la Fox de la próxima entrega será aún más descorazonadoramente bella.

En la televisión, en La biblioteca del Mundo Árbol Popular Libre es de noche. Todas las bibliotecarias están dormidas y arrebuajadas dentro de sus ataúdes, vainas de espada, cámaras secretas para curas, ojales, bolsillos, armarios escondidos o entre las páginas de novelas encantadas. La luz de la luna se derrama a través de las altas ventanas arcuadas y entre los pasillos de librerías, hacia el parque. Fox está de rodillas, arañando la tierra embarrada con las manos. La estatua de George Washington está de rodillas junto a ella, ayudando.

—Ésa es Fox, ¿verdad? —dice Amy.

Nadie la manda callar. Sería inútil. Amy tiene el corazón enorme y la boca aún más. Cuando llueve, Amy rescata lombrices de las aceras y, cuando te cansas de tener un secreto, se lo cuentas a ella.

Entiéndelo: en esta historia, Amy no es mucho más estúpida que el resto. Simplemente, piensa en voz alta.

La madre de Elizabeth entra en el salón.

—Hola, chicos —dice—. Hola, Jeremy, ¿es cierto eso que he oído de que tu madre ha heredado una capilla nupcial?

—Sí, señora —responde Jeremy—. En Las Vegas.

—Las Vegas —suspira la madre de Elizabeth—. Una vez gané trescientos pavos en Las Vegas. Me los gasté en un viaje en helicóptero que sobrevolaba el Gran Cañón. ¿Cuántas veces podéis ver el mismo episodio en un día? —

Pero ella también se sienta a verlo—. ¿Creéis que realmente está muerta?

—¿Quién está muerta? —dice Amy.

Nadie contesta nada.

Jeremy no está seguro de estar preparado para volver a ver el episodio tan pronto, especialmente con Amy, así que sube arriba y se da una ducha. La familia de Elizabeth tiene una amplia colección de champús que lo mantiene a uno distraído, y no les importa que Jeremy utilice su cuarto de baño.

Jeremy, Karl y Elizabeth se conocen desde el primer día de guardería. Amy y Talis tienen un año menos. Los cinco no han sido amigos siempre, excepto Jeremy y Karl, que sí lo han sido. Talis es conocida por sus ansias de soledad. Que los demás sepan, no escucha música, no lleva cantidades significativas de ropa de color negro, las matemáticas y la lengua no se le dan particularmente bien (ni mal) y no bebe ni participa en debates ni teje ni se niega a comer carne. Si tiene un blog, no se lo ha confesado nunca a nadie.

«La biblioteca» hizo que Jeremy, Karl, Talis, Elizabeth y Amy se hicieran amigos, porque nadie más en la escuela siente tanta pasión por el programa. Además, todos son hijos de antiguos *hippies* y el pueblo es pequeño. Viven a pocas manzanas los unos de los otros, en decadentes casas victorianas de techos altos o casas de una sola planta y salones hundidos. Y a pesar de que no siempre han sido amigos, mientras crecían, fueron a nadar desnudos en el lago durante las noches de verano y se han roto huesos en los trampolines del resto. Una vez, durante una discusión sobre nombres para perros, Elizabeth —que es bastante irascible— intentó atropellar a Jeremy con una bicicleta de diez marchas, y otra vez, hace un año, Karl se emborrachó con licor de manzana verde en una fiesta e intentó besar a Talis; en otra ocasión, en séptimo curso, Karl y Jeremy se

comunicaron durante cinco meses exclusivamente mediante rabiosos e-mails escritos en mayúsculas, pero no tengo permiso para contarte por qué estaban enfadados.

Ahora los cinco son inseparables, invencibles. Imaginan que la vida siempre será así —como un programa de televisión en emisión eterna—, que siempre se tendrán los unos a los otros. Utilizan el mismo vocabulario y se prestan los libros y la música. Comen juntos y nunca dicen nada cuando Jeremy va a sus casas y se ducha. Todos saben que su padre es un excéntrico. Se supone que tiene que serlo: es novelista.

Cuando Jeremy vuelve, Amy está diciendo:

—Siempre he pensado que Príncipe Wing tenía un punto malvado. Es un bobo y tiene pinta de que le huele el aliento. En realidad nunca me ha caído bien.

—Aún no sabemos toda la historia —dice Karl—. Puede que mientras era una tetera se enterase de algo sobre Fox.

—Está hechizado —dice la madre de Elizabeth—, apuesto lo que quieras.

Se pasarán toda la semana hablando del tema.

Talis está en la cocina, haciéndose un sándwich de queso Velveeta y cebolletas.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta Jeremy. Intentar que Talis hable es como tener un *hobby* pero aún más inútil—. ¿Crees que Fox está muerta de verdad?

—No lo sé —dice Talis—. He tenido un sueño —añade después.

Jeremy espera. Talis también parece estar esperando.

—Salías tú —dice, y vuelve a quedarse callada.

La manera en que se hace el sándwich tiene cierto aire de ensoñación, como si en realidad estuviera haciendo algo que no es en absoluto un sándwich; como si hiciera algo muchísimo más significativo y misterioso. O como si Jeremy

se fuera a despertar de repente para darse cuenta de que los sándwiches no existen.

—Fox y tú —dice Talis—. El sueño era sobre vosotros dos. Ella me dijo... que te dijera... que la llamaras. Me dio un número de teléfono. Estaba en peligro. Me avisó de que tú estabas en peligro. Que te pusieras en contacto con ella.

—Qué extraño —dice Jeremy mientras lo piensa.

Él nunca ha soñado con «La biblioteca». Se pregunta quién hacía de Fox en el sueño. Una vez soñó con Talis, pero no es el tipo de sueño del que le hablarías a nadie. Estaban sentados juntos sin decir nada. Ni siquiera su camiseta decía nada, y ella lo cogía de la mano.

—No me parecía un sueño —dice Talis.

—¿Qué número de teléfono era? —pregunta Jeremy.

—Se me ha olvidado. En cuanto me desperté, se me olvidó.

La madre de Kurt trabaja en un banco. El padre de Talis tiene un karaoke en el sótano y se sabe todas las letras de «Like a Virgin» y «Holidays», además de las letras de todas las canciones del musical *Godspell* y *Cabaret*. Su madre es terapeuta licenciada y confecciona tests de personalidad para revistas femeninas. «Descubre a qué personaje de televisión te pareces más», etc. Los padres de Amy se conocieron en una comuna de Ithaca: antes de que recobraran el sentido común y se lo cambiaran legalmente, el nombre de la madre era Galadriel Luna Shuyler. Todos han jurado mantener el secreto, lo cual, teniendo en cuenta que se trata de Amy, es bastante irónico.

El padre de Jeremy es Gordon Strangle Mars. Escribe novelas sobre arañas gigantes, sanguijuelas gigantes, polillas gigantes y una vez, vale la pena recordarlo, escribió una sobre un rosal carnívoro que vive en una mansión del norte del estado de Nueva York y se enamora de una adolescente valerosa que tiene un soplo en el corazón. Arañas del ta-

maño de un san Bernardo persiguen los coches de los personajes por oscuras carreteras rurales llenas de baches. Ellos se defienden de las arañas con raquetas de bádmin-ton, cortacéspedes y fuegos artificiales. Todas las novelas de arañas son superventas.

Una vez un fan de Gordon Strangle Mars entró en casa de los Mars. El fan robó varias primeras ediciones en alemán de las novelas de Gordon Strangle, un cepillo para el pelo y una taza usada en la que había un par de bolsitas de té viejísimas y deshidratadas. Dejó una carta grosera y llena de desprecio escrita en una serie de notas Post-It, y el manuscrito de su propia novela, relatada desde el punto de vista del iceberg que hundió el *Titanic*. Jeremy y su madre leyeron el manuscrito en voz alta, que empieza así: «El iceberg sabía que tenía un destino». El fragmento favorito de Jeremy es cuando el iceberg ve cómo se acerca el transatlántico condenado y observa con lástima: «¡Caramba! ¿Acaso no conoce el capitán mi enorme e impenetrable fondo?».

Más tarde, Jeremy descubrió que el fan que escribía novelas había puesto a la venta en eBay las bolsitas de té usadas y el cepillo, y que alguien pagó cuarenta y dos dólares y sesenta y ocho centavos, cosa que no sólo era tremendamente escalofriante, sino —Jeremy opina— bastante barata. Pero no cabe duda de que es apropiado, ya que el padre de Jeremy es famoso por lo agarrado y extraño que es respecto al dinero.

Una vez Gordon Strangle Mars se gastó ocho mil dólares en un inodoro japonés cantarín; a los amigos de Jeremy les encanta. La madre de Jeremy tiene un cuadro de una mujer con un vestido rojo de no sé qué artista, él nunca se acuerda de quién lo pintó. Se lo regaló el padre de Jeremy. La mujer es hermosa y te mira directamente, como si tú fueras el cuadro en lugar de ella; como si fueras guapo. Tiene una manzana en una mano y un cuchillo en la otra; cuando Jeremy era pequeño, solía soñar que se comía la man-